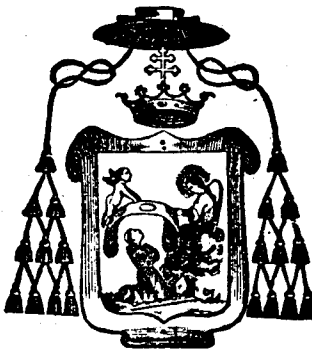


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demas que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamación dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

LA SEMANA SANTA EN TOLEDO.

Motivos abundantes de consuelo ha ofrecido este año la celebración de los Sagrados Misterios de la Cruz en la Santa Iglesia Primada. A pesar de la concurrencia inmensa que, en especial desde el Miércoles Santo ha venido creciendo pasmosamente hasta el Sábado, se ha observado una compostura difícil de guardar cuando afluyen de todas partes, y á cada hora multitud de gentes; y lo que es mas, se ha notado en toda clase de personas un piadoso recogimiento, ya en la asistencia á los Oficios divinos y procesiones, ya también durante la predicación del Evangelio.

No hubiera sido de estrañar tan consolador espectáculo si á él hubiese concurrido solo el pueblo toledano, de suyo piadoso y sensato, grandemente preparado durante toda la Cuaresma, para celebrar en buen espíritu los augustos Misterios que se recuerdan cumplidos en la mayor de las semanas. Baste decir que la piedad de los fieles toledanos ha sostenido á un tiempo cuatro novenas de Dolores, con sermon todos los dias en cada una, y además el panegírico; y no se cuentan otros novenarios, no tan solemnes, ni las fiestas particulares celebradas en todas las parroquias, establecimientos, monasterios, y la muy devota que consagran anualmente á la Madre Dolorosa las señoras del colegio de Nobles; como no puede hacerse mencion de la

multitud de sermones predicados en las parroquias, y los que, de costumbre, se oyen los viernes por la tarde en determinadas iglesias. Gracias al Señor no parecen malogradas tantas fatigas!

Pues bien: esta vez parecia verse en el lugar Santo un solo pueblo, una misma familia. Habiéndose multiplicado instantáneamente la concurrencia, merced á los trenes extraordinarios que cada dia han llegado tres veces; podemos asegurar que ha reinado el orden mas admirable, sin que por parte de las celosas autoridades, ni de los guardas de la iglesia haya sido necesario intimar, ni aun prevenir á una sola persona, apiñadas como se veian en todo el espacioso templo.

Copiosa doctrina y amorosos consejos habiamos recibido del bondadosísimo Prelado en su última *Instrucción pastoral*, y edificante ejemplo nos ha dado á todos en la Semana Santa. Despues de otras fatigas de Cuaresma, además del despacho de los negocios de esta vasta Diócesis, y de haber administrado el Sacramento del Orden, hizo S. Ema. el Domingo de Ramos la bendición de palmas, la solemne procesion y oficio de Pontifical. Concurrió el Miércoles Santo á las Tinieblas, que duraron desde las cinco á las nueve de la noche. El Jueves celebró Pontifical S. Ema., consagró los Santos Oleos, dió la Comunión á todo el Clero, é hizo la procesion tiernísima del SANTÍSIMO, dando la bendición.

El Viernes Santo tambien asistió el Emmo. Cardenal á la augusta procesion; y permaneció en el coró el Sábado hasta cantado el Gloria y concluidas las Vísperas.

Ademas ayer Domingo de Resurreccion ha celebrado Pontifical S. Ema., y dado la bendicion, concediendo, á nombre de S. S. el Papa Pio IX, indulgencia plenaria á todos los fieles.

Cuando así está el Pastor á la cabeza de su rebaño, y cuando con el trabajo, con el celo, con la devocion y el ejemplo va delante de su Clero, y de los fieles; mirando como desde lo alto las grandes quiebras que hay necesidad de reparar, y los espacios que deben colmar las tareas apostólicas; todavía hay esperanza de salud. Cierto que aun deben esperarse dias bonancibles, no obstante lo recio de las mil tempestades que atribulan la Iglesia Santa.

DESPACHO DIRIGIDO POR EL CARDENAL ANTONELLI Á MONSEÑOR MEGLIA, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE SU SANTIDAD EN PARIS, CON MOTIVO DEL FOLLETO TITULADO, *Francia, Roma é Italia.*

(Conclusion.)

Fácil es de comprender qué es lo que hubiera sido mas conveniente, ya para evitar rivalidades entre cuerpos dependientes de distintas Potencias, ya para conservar mejor la independenciam pontificia, ya, en fin, para obviar complicaciones entre las naciones que hubieran suministrado su respectivo contingente. Por último, en cuanto á la aceptacion de subsidios, sin hablar de los muchísimos inconvenientes que hubieran resultado con detrimento de la independenciam y dignidad del Sumo Pontífice, menester es observar que esta aceptacion habria tenido apariencia de precio del despojo ofrecido, y por esto el Padre Santo, á imitacion de sus ilustres predecesores, preferia la oblacion espontánea de los fieles que quisieran socorrer á Jesucristo en la persona de su Vicario.

Más honroso era para el Soberano Pontífice en el extremo á que lo han reducido la perfidia y la ingratitude, más honroso el óbolo del pobre, que el oro ofrecido por las Potencias terrenales.

Reduzcamos ahora á sus últimos términos las principales acusaciones. Dejando á un lado aserciones gratuitas, calumnias manifiestas y hechos estraños al asunto de que está atestado el folleto, toda la terquedad de que se acusa al Padre Santo queda reducida á haber rehusado una abdicacion opuesta á su conciencia; á haber diferido, hasta

que las provincias rebeladas entrasen en órden, la promulgacion de ulteriores reformas en que habia consentido; á haber propuesto reclutar por sí mismo un ejército, en vez de las tropas que se le daban, ó haber preferido el espontáneo socorro de los fieles á un subsidio perjudicial, suministrado por Gobiernos que ni son ni todos, ni estan animados siempre de intencion igualmente benévola.

Y estos actos de firmeza, de noble desinterés, que á ojos menos ofuscados parecerian dignos de grandes elogios; estos actos, que han excitado y excitan todavía la admiracion de los mismos herejes, parecen al católico autor del folleto merecedores de vituperio tal, que no lo habria mayor contra los verdaderamente responsables de los deplorables desórdenes de nuestros dias.

Pero esto es cabalmente lo que mas asombra causa. El Gobierno Imperial de Francia habia dado consejos á Su Santidad, y los habia tambien dado al Gobierno piemontés. Si al Padre Santo se le acusa de no haberlos seguido, no parece que el Gobierno piemontés ha sido mas dócil. Hay mas: en los puntos mismos acerca de los cuales Su Santidad ha mostrado oposicion que podemos llamar meramente negativa, el Gobierno piemontés la ha mostrado positiva: Su Santidad no ha creído conveniente hacer varias cosas que deseaba el Gobierno francés, mientras el Piemonte ha hecho muchas cosas que el mismo Gobierno ha declarado públicamente ser contrarias á su voluntad. El Gobierno Imperial prohibia que fuese violada la neutralidad de los Estados Pontificios; y el Gobierno piemontés respondia invadiendo las Romanías. El Gobierno Imperial desaprobaba las anexionés, y el Gobierno piemontés respondia anexionándose territorios.

El Gobierno imperial prohibia, hasta con amenazas, que invadiese las Marcas y la Umbria, y el Gobierno piemontés respondia ametrallando al pequeño ejército pontificio, bombardeando á Ancona por mar y por tierra, y no cuidándose siquiera de observar ni aun las leyes de guerra comunes á todas las naciones civilizadas. El Gobierno Imperial insistia para que se tomase por punto de partida los preliminares de Villafranca y el tratado de Zurich, y el Gobierno piemontés respondia burlándose de los preliminares y del tratado. Podriamos seguir indefinidamente esta enumeracion; pero basta lo indicado. Y sin embargo, ¡quién lo creyera! el autor del folleto, que tan cruelmente esgrime su pluma contra el Padre Santo, no tiene una sola palabra de vitupe-

rio para con el Gobierno piamontés! Y la verdad es que cualquiera habria esperado, no solamente ver palabras de reconvencion á un aliado tan ingrato y tan comprometedor, sino ademas una excitacion á Francia, moviéndola á reprimir y castigar una temeridad tan perseverante. Pero nada de esto se halla en el folleto. ¿Quién podrá explicar una omision tan rara?

La explicacion, sin embargo, es muy natural, y al fin el mismo folleto nos la dá en su última página en que dice que el Emperador de los franceses *no quiere sacrificar la Italia á la corte de Roma ni abandonar á la Revolucion el Pontificado*; lo que vale tanto como decir que es preciso sacrificar á las exigencias de la Peninsula, la corte de Roma; que es preciso derribar el dominio temporal de la Santa Sede, porque es un obstáculo que se opone á la constitucion y organizacion de Italia, y que es preciso, en fin, hacerlo para evitar que el Pontificado ó el poder espiritual caiga tambien derribado por los golpes de la Revolucion.

¿Por ventura, el autor de aquel escrito se ha parado á reflexionar que esa Italia á quien es preciso sacrificar el dominio temporal del Pontífice no va á tener por dueño sino á ese mismo Piamonte, cuyo Gobierno ha sido por él calificado de revolucionario; al Piamonte, que invade los territorios de cuantos no se entregan á él; que lleva la carnicería y el hierro á los pueblos que se resisten á sufrir su yugo; que viola no solo la fé de los tratados mas solemnes, tan pronto bajo pretexto de su antigüedad, como sin pretestar nada mas que su capricho, sino tambien el derecho de gentes; que, finalmente, proporciona armas y dinero para sublevar á las masas, para que estas se encuentren luego en disposicion de consumir el acto de rebellion contra sus Soberanos? ¿Qué diferencia, pues, establece el autor entre ese Gobierno en perspectiva, que designa con el nombre de *Revolucion*, y el Piamonte tal cual es, y tal como se ha manifestado en toda su conducta? ¿Ni qué mal podria sobrevenir al Pontificado por obra de la Revolucion, como el autor la llama, que ya no le haya venido por obra del Piamonte? A nombre del Rey de Cerdeña y de sus Ministros han sido presos Cardenales y Obispos, y han sido arrojados de sus sillas ó obligados á abandonarlas. A nombre del Rey de Cerdeña y de sus Ministros se han abolido las órdenes religiosas y estorbándose que las que de estas han quedado en pié comuniquen con sus superiores generales. A nombre del Rey de Cerdeña y de sus Ministros

se perturba de mil maneras á los Ministros del santuario, y se llega hasta sujetar á censura la predicacion de la divina palabra. Bajo el régimen de gobierno de aquel Rey se pone manos sobre los bienes eclesiásticos, de los cuales se confisca una gran parte en provecho del Estado. Bajo el régimen de aquel Gobierno se da rienda suelta á la blasfemia en los periódicos, y se permite toda manera de profanar las cosas santas en los teatros, mientras que se cierra la boca á los defensores de la verdad y la justicia. Finalmente, bajo el régimen de aquel Gobierno, y aún en las mismas provincias pontificias que acaba de usurpar, no se permite á los Obispos preconizados para las sillas que actualmente están vacantes, tomar posesion de ellas, si antes no se someten á condiciones que se oponen á sus deberes. Dejando huérfanas de sus legítimos Pastores á tantas almas, no se hace sino atacar siempre mas y mas á la Religion.

V. E. encontrará detalles mas minuciosos en los documentos pontificios ya citados y de mis despachos anteriores que á ellos se refieren.

Sin embargo, á pesar de todos estos hechos y piense como quiera el autor del folleto, nos tranquiliza una cosa, y es ver que contra su opinion están las seguridades dadas y repetidas por su propio Soberano y los Ministros de este, el tratado de Zurich en que se reconocen y se admiten como indisputables é indisputados los derechos del Padre Santo, y por último, el grito unánime de todo el orbe católico.

Con lo que sumariamente dejo expuesto á V. E. puede penetrarse de la idea que principalmente ha dictado aquel escrito. Por lo demas, cuanto en él se hacina en materia de relaciones, ciertamente poco diplomáticas, de anédoctas, de habladurias recojidas en las ante-cámaras, de baladronadas y protestas religiosas, al mismo tiempo que se injuria y vilipendia al Jefe Supremo de la Iglesia: todo esto no merece en verdad que pierda yo tiempo y trabajo en refutarlo.

Contiene, no obstante, aquel escrito una afirmacion cuya gravedad es suficiente para que yo no la deje correr sin oponerle algunas palabras de reprobacion.

Consiste en presentar el movimiento de los católicos franceses á favor de la Santa Sede, como un acto de oposicion á la dinastía reinante en Francia. Injuria es esta, dirigida á la magnánima y generosa nacion francesa; injuria que la ofende en su sentimiento mas delicado, en lo que constituye su mas hermoso título de gloria y caracte-

riza su inmortal heroísmo: en su fervor religioso. Mas para desmentir tan vergonzosa calumnia, bastará ver que el movimiento fué secundado en Francia por personas eclesiásticas y seculares, no menos ilustres por su virtud y ciencia que por su franqueza y sinceridad. Atribuir á hombres tan respetables la baja hipocresía que supondría haber tomado capa de religiosos para encubrir proyectos políticos, es acusación tan ajena á todo miramiento, que no encuentro palabras para expresar el desprecio que merece.

Pero ya que el opúsculo presenta principalmente á una parte del Clero francés como asociada con el Padre Santo, haciéndole la injuria de retratarle como docil instrumento de algunos caudillos astutos, aprovecharé la ocasión de confundir su audacia, con solo un raciocinio que salta á la vista. No han sido diversos en realidad el movimiento religioso de Francia á favor de la Santa Sede y los movimientos análogos de Bélgica, Alemania, Irlanda y demás pueblos católicos. Efectos universales suponen una causa universal también. ¿Habremos de afirmar, por consiguiente, que Europa entera se ha transformado en una gran vendée? Porque si desde Francia han acudido centenares de valientes á agruparse bajo las banderas pontificias, mas considerable es el número de los súbditos de otras Potencias que les han acompañado. ¿Se dirá por ventura que también han obedecido los generosos hijos de estas diversas naciones á sentimientos de oposición dinástica al Emperador de los franceses? Tiempo perdido sería querer dar contestación á quien así razonara.

Muy cierto es que en Francia ha tenido mas viveza y ardor el movimiento religioso en defensa del Pontífice; pero la causa de este fenómeno es harto mas noble que la supuesta por el autor del opúsculo. Hay que buscarla en un justo recelo de la Francia católica, la cual teme que caiga de su frente la mas preciosa aureola con que se ciñe, si ayuda, como corre peligro de hacerlo, á destruir la obra de Cárlo-Magno. Por haber libertado y ensanchado los dominios de la Santa Sede, asaltados é invadidos por un Rey lombardo que codiciaba, como á otro le sucede hoy, la posesión de toda Italia, por eso mereció Cárlo-Magno su título de *Groande*. Ni se contentó con esto: sino que cimentó la soberanía Pontificia en las mas sólidas bases, é hizo que Europa entera le reconociese. Hoy se hacen, por el contrario, desesperados esfuerzos para conseguir que caiga derruida esa grande obra, gloria la mas envidiada

y pura, ante el mundo Católico, de cuantas corresponden á la hija primogénita de la Iglesia: que caiga derruida, con menosprecio de las muchas seguridades dadas en público y en particular, segun antes he indicado, ya por el Emperador de los franceses, ya por sus ministros, al declarar que léjos de quedar quebrantada la potestad temporal, ganaria mayor solidez. Y si al justo recelo de que hablo se quiere asignar otras causas, quizá seria posible descubrirlas, ahora en la famosa proclama Imperial dirigida desde Milan á los italianos; ahora en la interpretacion comunmente dada á la entrevista de Chambéry entre el Emperador de los franceses y un general piamontés; ahora en la introduccion del principio de *no intervencion*, aplicado de manera que favoreciese las revueltas y estorbase que las Potencias católicas acudieran en defensa del Sumo Pontífice; ahora, por fin, en la oposicion con que han tropezado ciertas medidas que hubieran contenido eficazmente el sacrilego despojo de los Estados de la Iglesia, ó en el empeño de presentar proposiciones inadmisibles. Estas causas, y otras muchas que se omiten, tienen todas grande enlace con los recuerdos de lo acaecido en el Congreso de París de 1856.

»Abandonando ya la triste discusión á que me ha arrastrado contra mi voluntad, la audacia de las afirmaciones del folleto, notaré para concluir que si es cierto, como se asegura en la última página, que la Santa Sede se halla hoy desprovista de todo auxilio humano (y eso lo sabe el autor mejor que nadie,) no por eso le faltan los auxilios de Dios, y Dios, á no dudarlo, es más fuerte que los hombres. Suceda lo que suceda, tendrá Su Santidad el consuelo de haber sido fiel á los deberes de su conciencia, proclamando y manteniendo, á la faz del mundo, los principios eternos de la justicia y el derecho, en estos tiempos de tan profundo envilecimiento y de tan gran perfidia. El triunfo moral está asegurado ya, y él vale más que todas las victorias materiales.

Sirvan á V. E. de instruccion y regla las consideraciones que acabo de trasmitirle, para refutar al tenor de ellas, si llegare el caso, las objeciones que aducirse puedan contra la Santa Sede, fundándolas en el mencionado opúsculo. Quedo etc.—*J. Card. ANTONELLI*.—Roma, 26 de Febrero 1861.

(*El Pensamiento Español.*)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:--1861.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA 31, Y NUNCIO VIEJO 11.